

# BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

TOMO LXIII

ABRIL-JUNIO DE 1980

Nº 250

## EL SESQUICENTENARIO DE LA MUERTE DE SUCRE

*La Academia Nacional de la Historia honró el jueves 5 de junio, en el Paraninfo del Palacio de las Academias y con asistencia del señor Presidente de la República y de numeroso público, el Sesquicentenario de la muerte del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre. De seguidas se insertan las intervenciones de los académicos Bruni Celli y Salcedo-Bastardo. Este último pronunció el discurso de orden.*

### PALABRAS DEL DOCTOR BLAS BRUNI CELLI DIRECTOR DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

En el fragor de aquella guerra sangrienta Sucre representó el mejor ejemplo de civilismo, de bondad y de cordura. Hoy Venezuela necesita el recuerdo de Sucre como un óptimo ejemplo del ciudadano probo, austero y honesto. Hemos dado muchos traspiés en la Historia: decretamos el ostracismo de los libertadores; un puñado de héroes de la independencia deponen el primer gobierno civil; una buena tarde el Congreso es asaltado; por razones más etéreas que reales se incendia el país en la guerra de los 5 años; por más de siete décadas se suceden gobiernos absolutistas y corruptos; se vislumbra tardíamente el siglo xx; estamos ensayando el sistema democrático sometido a las más diversas influencias negativas; una invasión incontrolable de indocumentados, un crecimiento desbordado de la población; un evidente deterioro del ambiente y una marcada desmoralización y flojera. Se vienen acumulando factores peligrosos para la integridad de la nación. El trabajo, única fórmula para alcanzar la independencia, es considerado por un porcentaje alto de la población como dañino y peligroso a la salud. El vacío lo llenan manos extranjeras que exportan su dinero. La administración pública es deficiente porque el funcionario está en su cargo transitoriamente mientras allí lo sostenga su amigo o su partido y se considera explotado por una sociedad corrompida y dilacerada en sus objetivos fundamentales. Estas efemérides: el recuerdo de nuestros grandes hombres, fundadores de la Patria, deben ser oportunidades que los venezolanos estamos en la obligación de aprovechar para tratar de crear en el ambiente colectivo lo que podría llamarse el orgullo nacional: no el orgullo sustentado en glorias del pasado, sino haciéndole honor a esas glorias, el orgullo de ser grande en el presente con el único medio que hay para eso: el esfuerzo creador. Que Sucre sea pues en el sesqui-

centenario de su absurda inmolación paradigma y ejemplo. Declaro abierta esta junta pública de la Academia Nacional de la Historia en homenaje al Mariscal de Ayacucho.

PARA LOS 150 AÑOS DE BERRUECOS

SUCRE: AMERICA Y LA EDUCACION

Por J. L. SALCEDO-BASTARDO

*No se vio estrella más limpia*

Directamente al corazón la bala. Dos palabras y enmudecieron los labios de la exacta parquedad. El tiro de fusil convirtió al pecho que jamás conoció miedo ni vileza, en bullente surtidor de sangre briosa, dada otra vez por redimir hermanos. Cara al cielo, tendido el cuerpo, juntos los talones. Los ojos abiertos, los brazos abiertos, abiertas sin reproche las manos que, hechas para el bien y propicias al apretón viril, fueron siempre puño enérgico. El cerebro de la mejor cabeza de Colombia quedó intacto, anegado de absurdas sombras que en la claridad del alba trocaron todo de súbito en tinieblas espesas y silentes como las del Gólgota.

El crimen hiere en lo más hondo a América. Aún sacude y sobrecoge a los seres de buena voluntad para los cuales esa otra hazaña de Caín carece de sentido. Andrés Eloy Blanco —en la escala patria: *Tanto nomini nullum par elogium*— levantó conmovido su canto. En sueños vio al Capitán immaculado, anciano indemne; de mil cosas hablaba el Mariscal:

“de los héroes que mueren de un balazo en la guerra  
y al morir prenden todo su acicate al ijar  
y el potro salta, como si dejara la tierra  
con el alma jinete que se apresta a volar . . .”.

El poeta, común hechura del pueblo común, su hermano de cuna, se duele por el total de nuestras patrias:

“No se vió estrella más limpia  
en el cielo matutino de América”.

Lo sigue en el trágico pasar, lo atisba fascinado en su gloria impoluta:

“Le cabía en un brazo una batalla entera.  
Riobamba fue el azahar,  
Pichincha el lirio de fuego,  
Ayacucho el laurel verde  
y Tarqui la rosa blanca.

Solo,  
 el Hombre solo,  
 entre su virtud y su responsabilidad  
 .....

Casi solo  
 y solo,  
 en la soledad del pensamiento,  
 consciente del camino y de la noche,  
 .....

Así llegó a la muerte,  
 en dación de sí mismo, en ofrenda tranquila,  
 .....

Así le mataron.  
 El azahar cayó a sus pies,  
 el lirio en su pecho,  
 el laurel en su frente  
 y la rosa en el tahalí de su espada de caballero”.

*Hacer un mundo nuevo*

Quince decenios han pasado de la hora vergonzosa. Por Berruecos sorbió el suelo de América, con avidez, los elementos de tan noble arquitectura humana. Como en un rito del ancestro aborigen, el cadáver semi desprovisto de ropa a fin de no incentivar la profanación, fue plantado en íntima comunión con la tierra, casi en el sitio mortal. Restituíase a la naturaleza la envoltura de aquel dechado de reciedumbre que Cumaná, la primogénita, forjó con la selecta suma de sus esencias. Por voluntad del héroe guardaría sus despojos el bendito y fraterno Ecuador.

Sucre caía y se precipitaban estas naciones en la vorágine insondable de la Contrarrevolución. En franco vuelo se quiso cortar el ascenso del cóndor. Con su vida abatíase la de Bolívar. Huérfanas quedaban las banderas que aglutinaban a nuestra América en el programa creador del primer tercio del siglo XIX. Al gairete y deslizándose para la involución hacia las formas toscas del despotismo bárbaro, se iban los ideales de libertad y democracia. Pospuestas sine die, para dar paso al egoísmo y a la burla que ensancharía la brecha entre explotadores y marginados, seguirían aquellas aspiraciones de justicia económica con reparto de tierras a los bravos que a punta de valentía hicieron la independencia. Relegadas al sitio de las superfluas y muy últimas necesidades pasarían las primeras —la moral y las luces—; y en el catálogo de los deberes del gobierno ni en ínfimo rango figuraría el primero —educar al pueblo—. También la mengua afectaría, en una como concertada derogación, a “la ley de leyes” —la igualdad—; y vendría la paradójal locura de una revolución —que debió ser— de libertad, pretendiendo mantener la esclavitud. La eliminación de Sucre dañaría sobre todo al objetivo más prometedor del nuevo orden: la integración, la unidad. Colombia, la previa y factible de Bolívar, sería descuartizada, perjudicando con su ruina las posibilidades de Colombia —suma hispano-lusa y caribeña—, la definitiva y cabal de Miranda.

Había aplicado Antonio José de Sucre el macizo caudal de sus capacidades al trabajo de hacer un Mundo Nuevo en el Nuevo Mundo. El se inmoló, a sabiendas, en el empeño perenne y todavía vigente, de la Independencia orgánica y plural. No tuvo otra razón su vida pública que sustituir, hasta en las menores derivaciones, al viejo sistema estructurado bajo dominio peninsular.

Para 1800 ese régimen colonial de opresión, injusticia, esclavitud, aislamiento y atraso, era anacrónico y, por retrógrado, impedía el desarrollo. América se creció entonces produciendo los autores —y también los osados iniciadores— del nuevo proyecto. A cada una de las facetas del orden obsoleto, la Revolución enfrentó respectivamente una aspiración contraria. Todas éstas compondrían lo que en conjunto Simón Bolívar llamó con palabras iluminadas, ni una más ni una menos: “la esperanza del universo”.

#### *La doble proyección de todos ellos*

Incólume llega el compromiso al presente. En la lucha contra el pretérito obstinado en persistir, nos corresponde ahora conseguir que por nosotros, por nuestra decisión y nuestro desvelo cuaje hoy lo que ayer no pudo. Surcamos un nuevo tiempo histórico donde para Sucre, con la vanguardia de Venezuela —esto es, con la quinaria sobresaliente que él cierra con Bolívar, Miranda, Bello y Rodríguez— hay mucho que hacer. Y lo mejor de tal obligación se liga a las dos proyecciones que afirman y confirman la identidad de todos ellos por sí y entre sí, y el parentesco que los exalta y funde en la máxima representatividad venezolana. Por una parte, la convicción y el servicio de América. Y complementariamente: el magisterio, destino, doctrina y afán.

Tanto más honda y realmente se encarna a Venezuela cuanto más se cubre la plenitud del continente. Mientras se es más y mejor americano, mejor y más venezolano se es. En la medida en que se responde a la cultura y se consagra esfuerzo entusiasta a la educación, y con el espíritu se construyen la paz, la concordia y la superación, demuéstrase de más fehaciente modo pertenecer a este pueblo cuyo máximo tesoro es la historia, grandeza que no se devalúa, militancia moral, saldo útil de la mente creadora como del brazo aguerrido marcando rumbos. Bolívar, Miranda, Bello, Rodríguez y Sucre, venezolanos. Bolívar, Miranda, Bello, Rodríguez y Sucre, americanos y maestros.

#### *La causa americana es una*

La americanidad sustancial de Sucre resalta diáfana, espontánea, insistente, en las piezas documentales de su autoría, caracterizadas por un estilo simple y directo. Sobrio y concreto como el hombre. Eran los textos suyos, generalmente escritos de su propia mano, abundantes papeles de servicio, escuetos y quizá decepcionantes para la curiosidad indagadora de resquicios expresivos. Pero en tan copioso acervo brillan con pertinencia el concepto y la frase oportunos:

De los valores que definen el ser continental, él puede gloriarse de dar fe: “Cuando la América ha derramado su sangre para afianzar la libertad, entendió también que lo hacía por la justicia, compañera inseparable. Sin el goce absoluto de

ambas habría sido inútil su emancipación” V-240. Llevados por la idea y por el historial del personaje, nosotros acotaríamos que sin el binomio libertad-justicia que converge a la independencia, y con ella se entronca en un haz triple, necesario y potente, sería imposible la democracia como desiderátum de la vida americana.

Al abrir la legación de Colombia, con cuya responsabilidad entra a Lima en mayo de 1823, Sucre asegura a los jefes y corporaciones del Perú: “Ningún mensaje más agradable para un *americano*, que aquel cuyo objeto sea estrechar las relaciones de pueblos hermanos que, iguales en las desgracias y en la esclavitud, son llamados por naturaleza a identificar su causa, su independencia y su gloria [ ] en un solo sentimiento de interés, de libertad y de amor patrio” III-98. De esta manera él ratifica lo que denomina “mi persuasión de que la causa *americana* es una misma en todos los estados meridionales” III-15. Por si hubiere dudas, él será tajante: “nuestra causa es la causa de los pueblos contra sus tiranos. —Agregando— Jamás los déspotas subyugaron a los hombres que resolvieron ser libres” III-493.

Sucre no se cansa en estas reiteraciones: “Repito mi absoluto convencimiento de la identidad de causa en los *americanos* que poseídos únicamente del amor patrio deben pensar sólo en combatir los enemigos y en llevar adelante la marcha de la independencia”. Ante el pueblo peruano, él está en aptitud y actitud de prometer sin la menor reserva, que “Colombia cumplirá en las guerras del Perú los deberes que le corresponden en una lucha nacional. [ ] La división auxiliar colombiana ofrece sus armas a la representación nacional por garantía de su libertad; y se honrará de servirla tan celosa y fielmente como soldados peruanos” III-109.

Análogos sentimientos animan sus expresiones al ínclito José de San Martín, a quien titula “genio inmortal de *América*, cuya espada libertadora recibe las bendiciones del Nuevo Mundo, y la estimación del género humano” I-312. Las incomprendiones transitorias, propias de un conflicto de particular complejidad, no impiden manifestarle que “los colombianos verían con satisfacción orgullosa, marchar entre las filas de los hijos de Maipó, y estar a las órdenes de V.E. La identidad de nuestra causa me anima a proponer a V.E. medios que V.E. consultará en favor de los intereses recíprocos de *América*” 1-325-351. Su razón no lo engaña, en la fuerza inevitable de los hechos él percibe “una tendencia infinita a la causa de *América*” I-396.

Si Bolívar afirma desde 1814: “Para nosotros la patria es la *América*”, y si repitió más tarde: “Una sola debe ser la patria de todos los *americanos*”. . . Sucre con léxico paralelo dirá, en 1821, al panameño José D. Espinar: “Siendo una misma la causa de los *americanos* es una misma nuestra patria” I-536. En ese coloquio de la fraternidad responde al ilustre Monteagudo: “Educados los colombianos en once años de experiencia y de desgracias, están penetrados que un paso que atrasa la desunión, no se repone con cien pasos de concordia, y se hallan al mismo tiempo persuadidos que no es la causa de Colombia la que importa a nuestros intereses, sino que éstos están ligados a la causa del nuevo mundo” I-488.

A poco de allí, Pichincha. Su primera prueba efectiva de real americanismo. Bajo su mando esclarecido tropas oriundas de distintas latitudes americanas, en una acción debida al perfecto engranaje de precisiones por él estructurado, obra prima de insuperable tenacidad donde nada queda al azar, termina con brillo la edificación gran-colombiana.

Un bienio más tarde, Ayacucho. Abocado a ésta su obra culmen, en el mero escenario y en el exacto umbral de la batalla, Sucre cabalga en revista a los cuerpos formados: del Batallón Nº 2 a la Legión Peruana, al Compatriotas Llaneros, y sucesivamente al Heroico Bogotá, al Caracas, al Rifles, al Voltígeros, al Pichincha, al Vargas y al Vencedores. Se desplaza marcial regalando la gracia vivificante de su coraje optimista en arengas específicas. Once veces América, diez veces libertad, ocho Perú, cinco Colombia, . . . vuelan en el grito y el eco de su clarín triunfal: “Venceréis . . . asegurando para siempre la independencia de América”; “triunfaréis y habréis dado libertad a vuestra patria y a la América”; “hoy no sólo el Perú, sino toda la América os contempla y espera milagros. Viva la América redimida!” “Al frente de la América viva el Libertador”. “Viva la América independiente!” “Viva la América libre!”. “Aquí está el Perú y la América entera a aplaudiros en el mayor de los triunfos”; “cada uno de vosotros representa aquí a Dios Omnipotente con su justicia y a la América entera con la fuerza de su derecho y de su indignación . . . Viva toda la América redimida”. Al fin del recorrido corona la incitación al deber, y alza el orgullo, con una síntesis vibrante: “Soldados! De los esfuerzos de hoy, pende la suerte de la América del Sur . . .” IV-479.

En el juicio que de inmediato le merece el desenlace, Sucre es rotundo: “Esta célebre jornada ha afirmado eternamente la independencia del Perú y la paz de América” IV-480. Luego corrobora: “La victoria de Ayacucho el 9 de diciembre, es el más brillante testimonio y el monumento de más honor que pueden levantar los americanos a la libertad. La paz de América ha sido sellada sobre este campo de fortuna” IV-508. Tal resultado: la paz de América, paz en libertad, justificaba y retribuía sus sacrificios. Por ella en un momento crítico había acaudillado a sus compañeros para un planteamiento fundamental y grave: “Nosotros no hemos venido al Perú, en busca de ninguna fortuna, sino en busca de la gloria de Colombia, del brillo de sus armas, de la seguridad de sus fronteras, de la independencia de América. [Seguimos a Bolívar quien ha] impreso en nuestros corazones el amor a la libertad, y que nos convidó a llevarla a nuestros hermanos desgraciados” IV-470.

Para todos quiere él los benéficos dones de la estabilidad política consolidada sobre los nuevos principios jurídicos. En defensa de Bolivia, con su raigal sinceridad, puntualizará a Gamarra: “Preferiría mil muertes antes que por mí se introdujese en la América el ominoso derecho del más fuerte. Que ningún pueblo americano dé el abominable ejemplo de intervención, y mucho menos de hacer irrupciones tártaras. [ ] Habría querido ser víctima de disensiones en Bolivia antes de haber visto hollar los derechos y la independencia de un pueblo americano”. Ante el parlamento de la novel república expone el credo continentalista que ha de ser salvaguardia y garantía para cuantos componen la familia hemisférica: “Si las bayonetas enemigas, continuando el uso del derecho bárbaro de la fuerza, os obligan a traspasar vuestros deberes, apelo en nombre de la nación a los Estados de América para la venganza; porque está en los intereses de todos destruir este derecho de intervención [ ] que envolvería nuestro continente en eternas guerras y calamidades espantosas . . .”.

En su magnitud americana, es por demás elocuente el voto de homenaje a los diplomáticos rioplatenses que él formula, en 1825, con su admiración hacia la gran patria del sur. En la ocasión cierra su discurso con un inequívoco anatema, de valor perpetuo, contra el militarismo despótico. A éste lo adversó y conminó, con denuedo

férreo, desde la diamantina posición de su apego a la ley y de su genuina democracia. Todo ello lo ejemplificaría otra vez con certeza irreprochable, y con elegante desinterés personal, durante la crisis que liquidó a Colombia:

A Carlos de Alvear y Miguel Díaz Vélez, plenipotenciarios sureños, manifiesta:

“Los representantes del pueblo argentino protegiendo a la civilización de los hijos del Río de la Plata, no sólo han arraigado el amor a la libertad en sus representantes, sino que hacen honra a la *América* con sus progresos. Los representantes argentinos tienen un derecho a la estimación de los hombres filósofos que observan en sus doctrinas el triunfo de la razón. Es bien agradable un brindis por los ilustres *americanos* que en el Río de la Plata han obtenido esta victoria.

El Ejército unido combatiendo por la libertad, por la justicia de la *América* en su lucha, y por la causa de la humanidad ha marchado por una carrera de gloria y hoy goza por premio de sus sacrificios, de la más sublime recompensa: la admiración de los hombres, las bendiciones de los pueblos. El ejército conservará el brillo de sus armas llevando sobre bayonetas la observancia de las leyes, la defensa de los principios y de los derechos, pero si alguna vez él abandonase la buena causa, la causa de los pueblos, la de la patria, si alguna vez se degradara a alistarse bajo la tiranía, maldiciones eternas y la execración de los hombres sean su castigo” VII-188.

#### *Otras faenas de gloria*

A la altura de las palabras francas están los hechos en los cuales se recrea la historia con detalles y circunstancias tan significativas como convincentes. A él estaba reservada la batalla continental —ya se habían librado las nacionales—, faltaba ese el encuentro supremo. La cita sería en el rincón de los difuntos —premonitorio, en la voz quechua, para el moribundo coloniaje— aquel Ayacucho que “semejante a Waterloo, que decidió del destino de la Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas”, batalla única por muchos respectos, siendo el descollante: el de la integración soberbiamente americana de su oficialidad. Esta incluía, hermanados contra el absolutismo, bizarros combatientes desde el Caribe y Centroamérica al extremo meridional: De portorriqueño-mexicanos a argentinos, de cubanos y panameños a chilenos y paraguayos, de venezolanos, granadinos, ecuatorianos a uruguayos, bolivianos y peruanos; hay quien añade y especifique de Guatemala, Curazao y Brasil. Una constelación sin precedentes y jamás repetida. Subrayará el General Miller: “Hombres que se habían batido a orillas del Paraná, en Maipó, en Boyacá, en Carabobo, en Pichincha y al pie del Chimborazo. En medio de aquellos americanos valientes defensores de la libertad, había algunos extranjeros fieles a la causa en cuyo obsequio perecieron tantos paisanos suyos. Entre ellos hallábanse algunos que habían combatido a orillas del Guadiana y del Rhin, y que presenciaron el incendio de Moscú y la capitulación de París”.

A la capacidad de Sucre se confiaron los factores para la dilucidación final. Bolívar, dueño de una perspectiva ecuménica, encuadraba aquel venturoso acontecimiento en su colosal contorno: “Debemos prepararnos a sostener la contienda más importante, más ardua y grande de cuantas han ocupado y afligido a los hombres hasta ahora. Esta debe ser la guerra *universal*. . . Ayacucho lo para todo y burla to-

das sus combinaciones [del revanchismo europeo] . . . el plan definitivo es librar, en una contienda general, el triunfo de los tronos contra la libertad. Esta lucha no puede ser parcial de ningún modo, porque se cruzan en ella intereses inmensos esparcidos por todo el mundo . . .”.

Sucre ha sido el artífice del instrumento demoleedor del coloniaje: Respecto a esa eficiente maquinaria de libertad, que tan ímprobos y minuciosos esfuerzos costó montar y mantener en debida forma para la invencible eficacia, sería desperdicio sin excusa no prolongar su empleo. En especial habiendo la necesidad. El guerrero infatigable, sin tomarse un descanso, indica para tal ejército otra gloriosa e inmediata faena: salvar el Caribe.

Si en la Carta de Jamaica se ha reconocido expresamente la identidad de los humillados vástagos de Cuba y Puerto Rico: “¿No son americanos estos insulares? ¿No son vejados? ¿No desean su bienestar?”, y si Bolívar los integra históricamente en pie de igualdad con sus hermanos de tierra firme, entiende Sucre que es la hora de extender a ellos el justo y vindicador beneficio de la cruzada continental. Sucre ha planteado la empresa de la libertad de Cuba, a Bolívar, en diversas ocasiones. A dos semanas de Ayacucho el Libertador la reconsidera aunque no la juzgue posible a la sazón; había pensado entonces en Sucre y Páez para los dos frentes de esa operación. Mas, será del Mariscal —a partir de febrero de 1825 y hasta allá por septiembre de 1826— la terquedad insistente sobre la iniciativa de completar la emancipación americana. Su convencimiento es terminante: “No me aventuro si aseguro que este es un ejército capaz de todo: está bajo un pie de organización, de orden, de sistema, de economía, e instrucción, que creo buenamente que en nada diferencien de las tropas europeas” V-286.

Cuando el 18 de marzo recalca a Santander: “Estaré disponible para ir donde quieran mandarme, y mejor que a ninguna parte a La Habana, que yo veo como buena empresa”, añade: “La imaginación se pierde calculando los resultados de Ayacucho: yo mismo no me prometí tanto y tanto!! qué fortuna!!” V-323. Para el 7 de junio escribe a O’Connor: “Tenga Vd. pues un poco de paciencia, así como yo la tengo, no obstante que estoy reventando, no por descontento, sino porque esta situación pasiva, más se parece a la vida de un canónigo que a la de un militar aunque sea soldado del papa. Dios quiera que al gobierno de Colombia le ocurra comprar un pleito en La Habana” VI-250.

Con anterioridad a estos planes caribeños, imbuido Sucre de auténtica y material americanidad, abrigó la idea de la liberación de Panamá. Como sintonizado telepáticamente con los patricios panameños que el 28 de noviembre de 1821 declaran la independencia de su patria, Sucre se anticipa un mes —desde Babahoyo el 23 de octubre— a recomendar al Vicepresidente de Cundinamarca como “la ocupación útil que puede darse a esta división” antes de acometer la libertad de Quito: “una expedición a Panamá”. El activo guerrero, que no quiere “estar ocioso en invierno”, concibe un inédito capítulo de la epopeya continental. El programa era librar rápidamente el Istmo, “a fin de que terminado todo en mayo, pudieran las mismas tropas regresar a Guayaquil para la campaña de Quito”. Complácele certificar que allá en el Corinto americano hay “pueblos muy patriotas, incluso la capital que desesperan por un apoyo para trabajar por la libertad de su país. La importancia de ocupar el Istmo V.E. la sabe y creo que Quito valdrá nada en comparación de ello . . .” I-453.

Se ilusionó también el Mariscal, romántico al par de lógico, con una incursión redentora a la brava nación guaraní. Razonaba conforme a su deducción de que al devolver esas tropas a sus puntos de origen, “probablemente será para llevar nuestros estandartes de libertad a los países americanos que aún son esclavos” V-446. De ahí la confidencia a Santander —desde Potosí el 11 de octubre de 1825—: “El Libertador parece está en el proyecto de mandar una expedición de cuerpos del Alto y Bajo Perú a tomar el Paraguay, que sabe Vd. que gime bajo el tirano Francia, que tiene aquella provincia no sólo oprimida del modo más cruel, sino que la ha separado de todo trato humano, pues que allí nadie entra sino el que gusta Francia, y acaso encarcela luego al mismo a quien ha permitido entrar. . .” VII-134.

Ayacucho brindó al egregio cumanés la gloria de arriar de su emplazamiento trisecular en el templo del Sol, en la ciudad sagrada de los incas, al pendón de Pizarro. Único trofeo de la libertad continental que luce, con modestia rayana en lo clandestino —hoy más quizá por ignorancia que por pudor—, esta Caracas megalópolis, ayer vientre fértil de América, madre al unísono de quien produjo su concepción —el Precursor— y de sus más conspicuos arquetipos: el Libertador, el Humanista, el Filósofo. . .

*“Mi más grande conato es la educación pública”*

El otro común denominador de esas cinco vidas cumbres —junto a la esencial americanidad— es la fe plena que todos cifran en la Educación, confianza en la cultura como meta y vía de realización latinoamericana unitaria. Camino obvio y justamente óptimo para la integración. Todos ellos creyeron a fondo en las posibilidades de la escuela. Ninguno dudó siquiera de la fecundidad del quehacer docente ni titubeó sobre el papel capital del maestro. Así demostraban, cada uno y todos, que bien se valoraban a sí propios sin falsas ni erróneas modestias respecto su virtualidad de guías, líderes, conductores, paradigmas. Varones modelos para la definición de un país, con validez sin término en el tiempo infinito. Todos fueron maestros en la idea, en la doctrina educativa, también en la versión más exigente de la andragogía que es la de los hechos.

“Vd. sabe que yo estoy desde la edad de trece años en un cuartel” II-191 —escribió Sucre a Santander—. Fue básicamente un autodidacto. Sorprende al observador tanta profundidad y coherencia en esta vocación pertinaz y constante en la especialidad cultural clave de la patria, tanto más cuanto que él era solicitado de preferencia por las increíbles minucias de la guerra, y su carácter era el de un puro militar.

Ecuador fue el primer favorecido por el interés obsesivo y el esmero suyos por la enseñanza. El 19 de octubre de 1822, con un acto legal rebosante de muy decididos infinitivos —casi treinta— crea en Quito una Junta —germen del actual Ministerio al que incumbe la dirección del ramo— “destinada a responder en todos los objetos que tengan relación con la instrucción pública. . . proponer los medios que crea. . . presentar un nuevo plan de estudios. . . progresar la ilustración. . . abolir los abusos que se hayan introducido y corregir los defectos que se noten. . . entender en el arreglo. . . disponer. . . activar. . . inquirir, averiguar y denunciar. . . dotar y proveer. . . a fin de que la Universidad, los colegios y todo establecimiento literario

se ponga en pie de arreglo, orden y prosperidad que haciendo florecer las artes y las ciencias nos dé en esta parte la importancia a que justamente podemos aspirar” II-482.

Desde Ecuador lanza su precepto lapidario para los gobernantes: “Educar es el más sagrado deber de las autoridades delante de Dios y de los hombres”. De su fugaz pero inolvidable administración ecuatoriana es prueba que prestigia su asombrosa tenacidad el que hallara en Cuenca apenas siete escuelas y dejara veinte. Explícito testimonio de su celo es la reprimenda a los miembros del Cabildo de Otavalo: “La contestación de Vds. del 17 de setiembre no es correspondiente a los objetos sobre que yo he preguntado en mi comunicación relativa a que Vds. me informen sobre las escuelas del cantón. En uno de sus párrafos se dice: ‘En todas las demás parroquias hay escuelas privadas pagadas por los discípulos’. No es esto lo que yo quiero saber, sino que se me digan materialmente cuántas escuelas hay, en dónde están, quiénes son los maestros, qué enseñan, qué es lo que ganan, de dónde se les paga, qué método de enseñanza se observa, etc., pues me ha sido muy doloroso conocer el poco interés del cabildo por el bien público como se demuestra de la insulsa, insignificante y mal explicada razón que se me ha remitido, cuando el pueblo a quien representa esa corporación exige mejor método, y más cuidado y aplicación en promover todo lo que conduzca a su prosperidad y adelantamiento. Examinen Vds. mi oficio sobre el particular y me prometo satisfacerán extensa y ordenadamente a cuanto en él se pregunta” II-407.

Semejante minuciosidad en la encuesta, reaparece exhaustiva en Chuquisaca, por mayo de 1825, en la solicitud que él hace de un informe circunstanciado: Quiere saber: “. . . 4º Cuántos colegios hay en el departamento, qué autoridad corre con su dirección, cuántos colegiales tienen, cuántas cátedras y de qué, y qué renta señalada a cada una; qué rentas tiene cada colegio, cuáles son sus fincas, en qué lugares están situadas, qué productos totales y líquidos dan, qué gasto anual hay en cada colegio, en qué se invierte la renta, y cuántos colegiales se mantienen por el estado o por la iglesia. 5º Qué otras rentas hay en el departamento que pudieran aplicarse al adelanto de los colegios, y qué cátedras más pudieran establecerse para progresar la enseñanza. Se examinará más detenidamente qué capellanías hay sin poseedores o legítimos beneficiarios, que pudieran aplicarse a las rentas de los colegios u otros establecimientos de enseñanza pública, y cuánto ellas producirían. 6º Qué escuelas hay pagadas y sostenidas por la municipalidad, o por réditos de diezmos, o por el gobierno, cuánto cuesta al año cada una de estas escuelas, qué se enseña en ellas, y qué reforma necesitan”.

Bolivia recibe así el impacto de los mismos afán y voluntad culturizadores. Para los planteles sancionó un reglamento orgánico que contemplaba la obligatoriedad de los textos de Ideología y Filosofía de Destutt de Tracy y de Holbach, respectivamente. Al instalar la Asamblea Constituyente resume su actividad de cien días y esboza su programa con llano realismo: “Me he limitado a recoger los materiales que faciliten al poder supremo la propagación de la enseñanza pública en las provincias. La creación de una universidad en La Paz, se hará sin duda por los medios que se van tomando para ello; el colegio de aquella ciudad será mejorado con la creación de nuevas cátedras prohibidas por el sistema colonial, y aun será posible establecer otro. Los colegios de Chuquisaca deben adelantarse del mismo modo, y a uno de ellos, a quien faltan rentas, puede proporcionársele suficientemente. En

Cochabamba, Santa Cruz y Potosí se ha mandado trabajar en el proyecto de establecer colegios que compitan con los de Chuquisaca y La Paz. En Potosí y La Paz se podría crear, además, una dirección de minería y una escuela de mineralogía, para lo cual están pedidos los informes necesarios. Para estos establecimientos se necesitan fondos considerables; pero los hay bastantes en los departamentos, si la autoridad legislativa, a quien corresponde, da los decretos necesarios, a cuyo objeto se le someterán los documentos que la ilustren para resolver” VI-401.

La relación precedente, escrita con la sencillez de un hombre de armas, resultó de un proceso de consultas democráticas a los distintos sectores de la sociedad boliviana. En esos cien días se multiplicó la indagación del tipo de la cumplida ante la Municipalidad de La Paz: “S.E. el Libertador estará dentro de poco en esa ciudad. Yo deseo presentarle todos los proyectos de útiles establecimientos en ese país y los medios de realizarlos. Entre otros pienso que los más importantes son la reforma de los Colegios bajo un plan de estudios que generalice los conocimientos en todas las ciencias; la ejecución del decreto que establece una universidad, para la cual es menester calcular los fondos que sirvan al caso; la creación de un tribunal de minería que dé un giro rápido a este importante trabajo del departamento: y la instalación de una corte superior de justicia, que realmente es un bien a esas provincias. [ ] Es mi más vehemente anhelo que la ciudad de La Paz, el pueblo primogénito de la libertad americana, iguale por lo menos en sus establecimientos científicos a Chuquisaca, el pueblo primogénito de la revolución” VI-173.

Todas las regiones de la nueva república son contempladas en el repertorio de sus actividades e iniciativas de moderno desarrollo, entre mayo y noviembre de 1825: “Pienso que uno de los más importantes servicios que pudiera hacer el gobierno a Potosí sería el establecimiento de una escuela de mineralogía, que puesta en la capital sirviese para recibir jóvenes de todo el departamento. Siendo esas provincias compuestas todas de minas, esta escuela sería de un muy gran provecho” VI-249. Al responsable departamental de Santa Cruz le manda formar “una comisión que proponga un plan sencillo para la mejor administración de esas provincias y para que en lugar del bárbaro régimen con que los gobiernan se implanten establecimientos benéficos que destierren la ignorancia y la humillación de sus habitantes. Un objeto general será poner escuelas de primeras letras en todos los pueblos, y la enseñanza de aquellos rudimentos que destierren los sentimientos serviles y las ideas de esclavitud. [ ] Apresure V.S. sus trabajos para presentar este plan de beneficencia a esos desgraciados, pero que sea tan sencillo y fácil de verificarse que no presente obstáculos” VI-324. Días después a la Municipalidad de Cochabamba se confiesa y se obliga: “Por el primer instante mereció mis preferentes cuidados la educación pública, y, con las noticias que he adquirido ya, me prometo que el colegio quedará formado bajo buen pie en todo el presente año, y algunas escuelas en varias de las capitales de los partidos. Espero conseguir que en el colegio sean educados por cuenta del gobierno y mantenidos por él algunos jóvenes hijos de las víctimas de la patria, que han quedado sin medios de procurarse instrucción, para recoger el fruto de los sacrificios de sus padres, y acaso algunos huérfanos que hayan mostrado talento y aplicación” VI-418. Igualmente ordena a la autoridad respectiva “indicarme qué establecimientos fueran los más útiles a Oruro para fomentar la educación pública. . .” VI-450. También al general Santa Cruz: “La juventud de Charcas de-

berá mucho a V.S. si se verifica la creación de las escuelas para niños en los conventos, y para niñas en los monasterios y beaterios” VI-491. Resumiendo entonces, sobre su empeño y esfuerzo, declara ufano: “mi más grande conato es la educación pública” VII-60, leal a ese principio nada escatima —en su diligencia y propósito— para “tan sagrado objeto” VII-266. Presentada la ocasión procura en Buenos Aires “algunos maestros de matemáticas, de dibujo, algunos catedráticos de medicina y cirugía, y en fin los maestros para algunas de las escuelas que van a establecerse en estas provincias, y muy particularmente diez o doce que propagasen la enseñanza mutua, por el sistema de Lancaster. También creo necesaria la adquisición de una buena imprenta para el gobierno y libros para los colegios” VII-278.

Sobre la marcha y a ritmo acelerado Sucre prosigue su espléndida obra administrativa que, en el transcurso de las trece semanas que van del 3 de febrero al 5 de mayo de 1826, depara a Bolivia trece decretos referentes a la creación de colegios de ciencias y artes, más institutos para huérfanos y para huérfanas, en todos los departamentos de la república. La razón que impulsa y mueve esta inquietud, sin igual en los anales de la cultura americana por aquel tiempo, la expone paladinamente el Mariscal civilizado, civilista y civilizador, el 25 de mayo de 1826 al Congreso de la nación: “Persuadido que un pueblo no puede ser libre, si la sociedad que lo compone no conoce sus deberes y sus derechos, he consagrado un cuidado especial a la educación pública. En medio de las escaseses y de las cargas de que me he visto rodeado, se han llevado al cabo casi totalmente las intenciones del Libertador en los establecimientos de enseñanza. La generación boliviana que ha de suceder a la que ha luchado por la independencia, será el mejor apoyo de la libertad de vuestra patria” Doc. II-156.

En el servicio oficial no todo es ingratitud y sinsabores. Sucre, el severo e insomne, también alfarero de repúblicas, tuvo en el campo de la instrucción popular sus correspondientes satisfacciones. Con inocultable orgullo presenta, al término de sus tres años de Bolivia, el balance de su actuación en este ramo. Sus ponderados y claros conceptos, que en el área citan esperanzadores logros, dispensan cualquier comentario: “La educación pública es lo que ha hecho más progresos. Los colegios quedan establecidos y marchan bien en todas las capitales de los departamentos, donde también se han abierto escuelas de enseñanza mutua que adelantan rápidamente, y en tres de ellas las hay para ambos sexos. Las escuelas primarias por el antiguo método se han multiplicado en las provincias y cantones. Para la enseñanza, el gobierno ha dado un plan de estudios análogo a la ilustración del siglo. [Las rentas de los centros de beneficencia] como las de la educación pública, son más que las que las que hubo esperanzas de adquirir; pero los colegios necesitan aumento para dotar suficientemente sus profesores, si es que ha de haberlos buenos y hábiles” Doc. II-610.

En esta esfera de la cultura lo más que puede decir un soldado vocacional y profesional —devoto al máximo de la disciplina, jefe justo e inflexible, abanderado firme de la libertad y sostén de la ley con la potencia de las fuerzas bajo su irreprochable conducción— está en el diáfano aserto dirigido a Chuquisaca, que podría ser extendido al conjunto de los hermanos pueblos del Sur, para definir globalmente aquella su política de la esperanza: “Tendré más placer de dejar [ ] un establecimiento provechoso a las luces que los servicios que le he prestado en el ejército” VI-41.

*Maestro de perdurable prestancia*

Pero la calidad y jerarquía del magisterio de Antonio José de Sucre relucen por igual en todas las direcciones de su polifacético quehacer. Como en el arte bélico, donde revela un virtuosismo impar, es descollante en su perfecto desempeño diplomático, desde el Tratado de Trujillo al de la Capitulación en Tarqui, vale decir, del “más bello monumento a la piedad aplicado a la guerra” hasta la demostración irrefutable de “que nuestra justicia era la misma antes que después de la batalla”. Sucre es maestro por su probado e incuestionable valor personal. Por sus escrúpulos y por su extremada corrección como hombre de gobierno. Sucre es maestro por su inteligencia moral y política —grandeza: palpable en valentía consciente y serena, en patriotismo y en odio radical contra la tiranía— cuando enfrenta como Presidente del Congreso al militarismo fanático y disolvente, en el memorable duelo de principios que tuvo por forzada arena a la Villa del Rosario de Cúcuta en abril del aciago 1830.

El es maestro de perdurable prestancia, por las tres únicas recompensas que con tal rubro, a todo lo largo de su carrera de sacrificios, pidió a cambio de sus esfuerzos: Una a Bolívar, luego de Ayacucho: “Por *premio* para mí, pido a Vd. que me conserve su amistad” IV-491. Dos a la representación popular boliviana; de ellas, la una formulada así: “La ley me hace inviolable: ninguna responsabilidad me cabe por los actos de mi gobierno. Ruego pues que se me destituya de esta prerrogativa y que se examine escrupulosamente mi conducta. Exijo este *premio* con tanta más razón cuanto que declaro solemnemente que, en mi administración, yo he gobernado: el bien o el mal yo lo he hecho” Doc. II-616. Y respecto a la última petición, su ruego es conmovedor: “Aun pediré otro *premio* a la nación entera y a sus administradores: el de no destruir la obra de mi creación: de conservar por entre todos los peligros la independencia de Bolivia” Doc. II-617.

Congruente con esa conducta, señal de la paz de conciencia que asiste a un probo magistrado democrático, fue su disposición —en La Paz, 1825— de que “se publique un bando en todos los departamentos invitando a los ciudadanos para que aquellos que crean no les he administrado justicia o tengan alguna otra queja contra mí como funcionario público, la eleven a S.E. el Libertador en términos legales, en el concepto de que a más de que S.E. les hará la justicia que les corresponda, les ofrezco no tener jamás el menor resentimiento por ello ni reclamo alguno, y sí una satisfacción viendo empiezan a disfrutar de la libertad por que tantos sacrificios han hecho, y que son ciudadanos dignos de vivir bajo leyes cuyo cumplimiento saben exigir de los magistrados” VI-498. Cómo no admirar también esa otra lección que lo exhibe de cuerpo entero en las líneas finales de su proclama que al anunciar al Perú la llegada de Bolívar, advierte: “Habiendo cesado el señor general en jefe en el mando del ejército unido, de que está encargado S.E. el Libertador de Colombia y reducida ya su autoridad al ejército de operaciones del sur, previene que han cesado también los honores, tratamientos y distinciones que le fueron dispensados por aquel rango, y que sólo tiene en su nuevo destino los que le concede su graduación militar” III-494.

*Sucre vivo y próximo*

En el sesquicentenario del comienzo de su eternidad, evocamos a Antonio José de Sucre como cuestión viva y práctica, lo sentimos próximo a nuestras dramáticas urgencias. Ejemplo cercano y fiable de quien supo aprender, y con el estudio y la disciplina, dirigidos por sí, con su criterio analítico, su recto juicio y su nada complaciente sentido ético, con su dinamismo terco y prolijo, es el más recomendable símbolo para nuestra juventud y su mejor modelo. No por casualidad la democracia y la estabilidad política de que nos enorgullecemos han puesto bajo el patrocinio esclarecido de este héroe juvenil por excelencia y por antonomasia, en un pueblo joven y de jóvenes, tres empresas magnas de presente y futuro.

El Programa de Becas de la Fundación Gran Mariscal de Ayacucho es la concreción madura y patética de la voluntad de Venezuela por recobrar el tiempo perdido. La capacitación intensiva y a superior nivel de un promisorio contingente de varios millares de estudiantes en los centros de alta cultura y de máximo crédito del mundo, contiene simplemente la clave revolucionaria de nuestro mañana. De todo lo hecho por Venezuela en el siglo xx, nada se equipara en proyección trascendental a ese hito. Allí están, sin hipérbole, positivamente, la base, el motor, el espíritu, los materiales del nuevo y gran país inminente.

La “Biblioteca Ayacucho” es la feliz realización de un propósito cumbre y generoso, de síntesis abarcadora del universo cultural de nuestra habla. Para el siglo en puerta se acomete la batalla integracionista sobre el ámbito de las letras compartidas y, para ese objeto de unidad, Sucre es otra vez el adalid. Sucre es Ayacucho como Ayacucho es Sucre: Libertad, democracia, justicia; derechos humanos. Comprensión solidaria, por el ejercicio del intelecto, dentro de los dilatados horizontes de las letras castellanas que se extienden por América —México, centro, sur y del Caribe— a la península más occidental en Europa, a las Canarias y al Africa, y a las Filipinas del Pacífico lejano.

La “Universidad Antonio José de Sucre” aguarda un paréntesis de serenidad política que le devuelva la existencia reclamada junto a la Universidad Simón Bolívar, a la Universidad Católica Andrés Bello, a la Universidad Experimental Simón Rodríguez y a la Universidad Francisco de Miranda. Se espera que la luz del mensaje de su epónimo —este venezolano, americano y maestro, que a los treinta y cinco años había acumulado, culminado y agotado todas las excelencias— se haga sentir en la orientación de una juventud urgida de valores por hallarse a sí misma.

Honra y complace tributar justo y entusiasta aplauso al ahinco ingente que nos brinda la edición fausta del “Archivo de Sucre”. Es un trabajo recio, emprendido y desenvuelto por el sector privado, a través de la Fundación que enaltece la memoria del por muchos títulos ilustre doctor Vicente Lecuna. Alma de tarea tan admirable es una dama excepcional, Esther Barret de Nazaris. A su consagración e idoneidad deben nuestras patrias la impecable cristalización del arduo proyecto por el cual Antonio José de Sucre llega a las nuevas generaciones tal como es y como nunca antes se le había podido ver. Buen ejemplo —al mismo tiempo— de cómo la iniciativa particular sirve, tan útilmente, aportando soluciones en vez del trillado pedir y agravar difíciles carencias.

*La ofrenda más grata*

El cóndor sigue en vuelo. A esa altura no pega la maldad. Su armadura de pueblo hácelo invulnerable; su espíritu de pueblo lo torna inmortal. Acertó el sueño del artista, “las balas de Berruecos no hicieron blanco en él”. Por sus ejecutorias y sus textos, por la densa cosecha de sus obras —realidades, no demagogia ni retórica— él sigue protector guiándonos. Sucre el venezolano, limpia estrella, bandera alegre al viento para el paso de vencedores a enfrentar el deber, desafío, amenaza, riesgo y agresión, de una coyuntura preñada de peligros, externos e internos, que tejen la angustia de todos los días.

El luchador, americano y maestro, a ciento cincuenta años de su luz, es el campeón moceril de siempre —austero, digno, alerta— para la responsabilidad de una América auténtica: La América de la libertad para enaltecer al hombre. La América de la paz en la justicia. La América de la integración en la democracia. Una América libre, superior, pacífica, unida y fuerte, para conseguir y preservar la cual no hay tregua. Por la voz de otro excelente poeta de su comarca —Andrés Mata— él nos motiva:

“Tú no pides a Píndaro canciones,  
ni justicia reclamas. Tu grandeza  
jamás aceptaría el homenaje  
con que la gratitud sus deudas paga.

¿Cuál la ofrenda más grata a tu memoria?  
Que el mundo redimido por tu brazo  
corresponda a los triunfos que eternizan  
el memorable campo de Ayacucho;  
y que inspirado siempre en la fecunda,  
sagrada religión de tus virtudes,  
se arrope con el manto del civismo,  
y clave la oriflama del derecho  
donde impone su sable el despotismo”.

Caracas, junio 5 de 1980.

Nota: Las citas de un número romano I a VII y un guarismo arábigo corresponden al tomo y página respectivos de los 7 volúmenes del “ARCHIVO DE SUCRE”, publicados por la Fundación Vicente Lecuna y el Banco de Venezuela entre 1973 y 1980. Del I al III en Italgráfica SRL y del IV al VII en Cromotip, ambas empresas de Caracas.

Las citas Doc. II corresponden al segundo tomo de la obra “DOCUMENTOS REFERENTES A LA CREACION DE BOLIVIA” por Vicente Lecuna. Litografía del Comercio, Caracas, MCMXXIV.